

**EL RUIDO DE LA LOCURA  
Y EL SILENCIO DEL ATONTAMIENTO <sup>23</sup>**

---

<sup>23</sup> Una primera versión de este escrito fue presentada en noviembre de 2007 en el seminario “Intersubjetividad”, dictado por el Dr. Daniel Kitainik, en el Instituto de Psicoanálisis de la SAP (Sociedad Argentina de Psicoanálisis).



## I. Introducción

Cuando a Freud se lo acusó de ocuparse solo de la sexualidad, se defendió diciendo que el psicoanálisis fue estudiando poco a poco toda la mente humana, partiendo de “lo más bajo”, las raíces pulsionales, hasta “lo más alto”, la instancia psíquica responsable de las “elevadas” aspiraciones ideales y morales. Hoy, con la visión panorámica que la distancia permite, diríamos entonces que hay, desde “abajo” hacia “arriba”, una trayectoria vertical y lineal en la construcción teórica psicoanalítica.

Actualmente, cuando todavía hay quienes le reprochan al psicoanálisis que estudie solo lo individual, cabe responder que después de aquel desarrollo que describió con tantos detalles y sugerencias el alma individual, el psicoanálisis dedicó sus mejores esfuerzos a crecer hacia “los costados”. En el presente, los enfoques psicoanalíticos que estudian los vínculos, las interdependencias, los lazos intersubjetivos, son tan ricos y numerosos como lo fueron hace años los enfoques que tomaban al sujeto aislado.

Tras aquella disección anatómica un tanto artificial que permitió estudiar el individuo aislado, hoy sabemos que ese individuo vive inmerso en un mundo de interrelaciones, a tal punto que parece incorrecto decir que el individuo “se vincula” o “se relaciona”. Mucho más que eso, el individuo solo puede constituirse a sí mismo en esas interrelaciones. Así, el universo de interdependencias es el ámbito natural en el que nace, crece, se desarrolla, se enferma y se cura el ser humano. *Vivir es vivir en un mundo de intercambio e interlocución.*

## 2. La psicosis comprendida desde las interdependencias

Si bien Freud consideró que las psicosis no eran asequibles a la terapia analítica, no por eso dejó de estudiarlas buscando comprender sus secretos. Muchos siguieron sus pasos: unos procuraron adentrarse en sus misterios enfocando las tempranas relaciones del bebé con su madre; otros conceptualizaron estructuras fijas, a partir de marcas indelebles, selladas por el acceso o no al universo simbólico a través de la aceptación o el desconocimiento de “la Ley” como límite universal.

Desde un enfoque no psicoanalítico, Bateson y sus colaboradores (1956) comenzaron un camino señero al investigar los modos de comunicación de la familia del psicótico. Encontraron un *pattern* (patrón o pauta) de relación con características muy específicas al que denominaron “*doble vínculo*”.

El doble vínculo, que termina resultando “psicotizante”, se constituye entre dos o más personas. Una de ellas, la “víctima”, se ve repetidamente expuesta a dos mandatos contradictorios transmitidos en dos niveles de comunicación diferentes, uno el verbal y otro, contextual, a través de toda la gama de señales metacomunicativas. Ambos mandatos conllevan amenazas si no son cumplidos, de modo que, dado que son contradictorios, uno u otro, o ambos, serán necesariamente desobedecidos y el castigo llegará de cualquier manera. Además, un mandato de tercer nivel prohíbe a la víctima escapar del campo (por ejemplo, tomando nota y comentando la contradicción de los mandatos).

Si una persona es expuesta repetidamente a esta situación por un “victimario” del cual depende su supervivencia, se *producirá un colapso en su capacidad de discriminar adecuadamente qué clase de mensaje se le está dando y quedará atrapada*

en una situación en la que recibe dos mensajes de niveles lógicos diferentes, uno de los cuales niega al otro, pero la contradicción permanece oculta.<sup>24</sup>

La víctima termina defendiéndose mediante procedimientos que han sido descriptos como paranoides, hebefrénicos o catatónicos. En el primer caso, la persona elige no creer en lo que se le dice manifiestamente y se vuelve desconfiada y suspicaz, y busca leer en el contexto sentidos ocultos. Al contrario, en la hebefrenia, la persona descarta las señales metacomunicativas que configuran el contexto y acepta literalmente lo que la gente dice; así, carente de la capacidad de otorgar importancias podría tomar a risa todo lo que oye. Una tercera posibilidad es que ni se torne suspicaz ni pase por alto los mensajes metacomunicativos, sino que trate de ignorar tanto el contenido manifiesto como el mensaje contextual. El individuo procurará entonces apartarse del mundo exterior, ver y oír cada vez menos lo que acontece alrededor, concentrarse en sus procesos internos, apareciendo aislado, quizás mudo.

El psicoanálisis tomó esta propuesta vincular de Bateson y a partir del núcleo central de verdad presente en su enfoque fue iluminando nuevos aspectos de los vínculos que permitie-

---

<sup>24</sup> En estos breves párrafos están reunidos todos los elementos que configuran una situación de doble vínculo o doble mensaje (*double bind*). La aclaración es necesaria porque la amplia difusión del concepto ha llevado a que se lo vulgarice. Así, frente a cualquier mensaje contradictorio o confuso es común oír que se trata de un doble mensaje. Podrá ser tal vez un mensaje doble, pero para una situación de *doble vínculo* o *doble mensaje* se requiere que estén presentes todos los elementos simultáneamente. Un mensaje contradictorio, por ejemplo, pronunciado en ocasiones aisladas, o emitido por una persona de la cual no se depende intensamente, nunca podría constituir una situación “enloquecedora” de doble vínculo.

ron comprender diferentes versiones de la locura y sus manifestaciones habitualmente ruidosas.

Si, como dijimos, el individuo vive inmerso en un mundo de interrelaciones, es natural pensar que, hoy en día, el enfoque que pone el acento en lo vincular o en la intersubjetividad se ocupe o pueda ocuparse prácticamente de todas las relaciones humanas.

En este capítulo quiero enumerar brevemente algunas observaciones realizadas en relación con las *interdependencias recíprocas* (García Badaracco, 1990, 2000; Mitre, 1998) *en las que vive inmerso quien padece distintas formas de discapacidad intelectual*.<sup>25</sup>

### **3. El atontamiento en el marco de las interdependencias familiares**

Como relatamos con cierto detalle en la *Presentación* y en el Capítulo 2, una serie encadenada de circunstancias me llevó a coordinar un grupo de trabajo dedicado a la atención

---

<sup>25</sup> Son innumerables los autores y trabajos que se ocupan de la psicosis desde una perspectiva vincular, y en cambio no son tantos todavía los que estudian la discapacidad intelectual psicoanalíticamente y considerando la intersubjetividad. La pionera en esto parece haber sido Maud Mannoni (1964, 1967).

Un antecedente muy interesante es el de Arminda Aberastury (1962, pág. 62) —la fundadora del psicoanálisis de niños en la Argentina— que, aun antes de ser la extraordinaria psicoanalista de niños que fue, “atendió” a una nena con diagnóstico de oligofrenia. En el año 1937, en la sala de espera del consultorio donde atendía su esposo, Enrique Pichon Rivière, veía todos los días a una pequeña, de 8 años, aguardando a su madre que estaba en tratamiento psiquiátrico. Interesada en ella, supo que no había aprendido a leer ni escribir y que se la consideraba “oligofrénica”. Tuvo largas conversa-

de pacientes con discapacidades intelectuales. La atención se realiza en tratamientos individuales y en reuniones de psicoanálisis multifamiliar (García Badaracco, 1990, 2000, 2005; Mitre, 1998).

Esto último permite *la observación directa de los pacientes con discapacidad junto a distintos miembros del grupo familiar*, lo que nos dio la posibilidad de proponer y poner a prueba algunas hipótesis y arribar a algunas conclusiones provisorias.

Partimos de una cierta semejanza entre la psicosis y la discapacidad intelectual: si la *psicosis* es descripta como un *trastorno del pensamiento* que aleja al enfermo de la realidad, la *discapacidad intelectual* puede ser definida como un *déficit de pensamiento* que limita o dificulta el trato con la realidad. *Estas limitaciones en el trato con la realidad hacen que en ambos casos el enfermo dependa en diversos grados de terceros, generalmente sus familiares.*

Sobre la base de estas ideas, nos propusimos trabajar con la siguiente hipótesis: de un modo semejante a lo que se ha descripto en la psicosis, *es dable imaginar tramas familiares específicas que favorecen la fijación de distintas formas de discapaci-*

---

ciones con la nena durante las consultas de su mamá y mientras ella le contaba fragmentos de su vida, Aberastury le iba enseñando letras y números. La conclusión de Aberastury fue que si la niña no aprendía era porque le resultaba doloroso recordar todo lo que había padecido durante los episodios psicóticos de su madre que ella había presenciado. Además, todo lo que se le había dicho –las mentiras de los adultos que querían cuidarla o consolarla– había generado tal confusión en la mente de la pequeña, que había perdido la esperanza de poder conocer la verdad. Luego de estos esclarecimientos, la niña pudo empezar a aprender y los resultados fueron sorprendentes. Arminda Aberastury cuenta que fue este caso el que la llevó a interesarse por el psicoanálisis de niños.

*dad intelectual, dando lugar a una dependencia infantil permanente, mayor que la estrictamente necesaria. De ser así, la discapacidad intelectual misma, más allá de las causas fehacientemente comprobables (como las genéticas), puede ser favorecida y mantenida por una trama de interdependencias recíprocas patógenas a las que, en este caso, deberíamos llamar interdependencias “discapacitantes”, en el sentido de “retrasantes” o “atontantes” (Boari y Pon de Boari, 2006.)<sup>26</sup>*

Después de cinco años de trabajo, nos ha sido posible consignar una serie de regularidades observables en los que sufren discapacidades intelectuales y en los vínculos que mantienen con sus familiares más cercanos, especialmente con la madre.<sup>27</sup>

- a. Más allá de lo orgánico, en todo paciente con discapacidad intelectual parece existir un grado de limitación mayor que el necesario: lejos de desarrollar todas sus capacidades, quien padece discapacidad intelectual las limita aún más y, como obedeciendo a un mandato siniestro, se “atonta”. Para decirlo con una especie de fórmula: en gran medida, *no solo es un tonto, sino también un “atontado”*.
- b. Su atontamiento constituye una forma de sumisión y de entrega más global, más resignada, más impotente y, por ende, *más silenciosa* que la sumisión que se observa en la “locura”. Parece no haber esperanza alguna.

---

<sup>26</sup> Para más detalles, véanse *supra* los Capítulos 1 y 2.

<sup>27</sup> Seguramente algunas de estas observaciones serán aplicables a una gran cantidad de casos y otras correspondan a situaciones más específicas; sin embargo todavía no estamos en condiciones de marcar nítidamente estas diferencias.

- c. A cambio de esta entrega casi total de su vida, el discapacitado intelectual, en su condición de “atontado”, conserva un estrecho círculo que experimenta como su propiedad exclusiva: algunas pertenencias, algunos pequeños espacios dentro de la casa, ciertos rituales... Este círculo exclusivo es defendido con todos los recursos posibles y si es roto o invadido, sea por quien fuere, se *rompe el silencio y aparece una violencia descontrolada*, que se reacomoda de manera casi inmediata si se vuelve a respetar el ámbito de propiedad exclusiva. Esto hace pensar que se trata de un pacto muy preciso según el cual, quien padece discapacidad intelectual renuncia a todo —a pensar, a desear, a planificar, en fin, a tener una vida propia— a cambio de ese pequeñísimo reducto privado donde desarrollar una mínima individualidad a la que casi no se la puede llamar vida.
- d. Lo dicho en el punto anterior marca una diferencia bastante clara entre las reacciones que suelen observarse en el “loco” y en el “tonto”. En el caso de la locura, cuando se rompe el equilibrio, la reacción de descontrol y de violencia suele perdurar por algún tiempo (horas, días, meses) con las indeseadas consecuencias de aumento de la medicación, internaciones, etcétera. En el caso del atontamiento, cuando se restablece el equilibrio convenido, el cese de la violencia es inmediato, por lo cual no se requiere de las ruidosas intervenciones señaladas para la locura. También en esto el atontamiento es más “silencioso”.
- e. Señalaremos ahora algunas características de la relación de quien padece discapacidad intelectual con su madre u otras personas muy significativas de las cuales depende. En primer lugar, se comporta como si *la madre fuera la*

*única que sabe*, o la única que tiene autoridad para decir quién es el que sabe. Este comportamiento parece señalar la existencia de un pacto mediante el cual el también llamado discapacitado intelectual se compromete a no saber, a no querer saber o a hacer como que no sabe, *a cambio de recibir el beneplácito y la protección del objeto omnipotente del cual depende*. (En las reuniones multifamiliares de las que extraemos estas observaciones, llama poderosamente la atención ver cómo, aun para contestar las preguntas más simples tales como el nombre y la edad, el paciente atontado no puede responder sin dirigir una mirada a la madre, como pidiendo autorización, o esperando que ella lo haga en lugar de él, o para asegurarle que nada de lo que diga le va a desagradar a ella). Contrariamente, cuando hemos tenido la ocasión de observar miradas aparentemente semejantes en los pacientes llamados locos, esas miradas suelen tener otro significado: parecen llevar la intención de ver la reacción que producen sus palabras de denuncia.

- f. Una segunda característica bastante habitual es que los que padecen discapacidad intelectual no toleran el sufrimiento psíquico de los objetos de los cuales dependen. Es frecuente que un discapacitado intelectual trate de evitar por todos los medios que su madre sufra, y si pese a todo la ve sufrir, su angustia alcanza límites insostenibles. Entendemos que esta particular piedad del discapacitado intelectual se liga con su prohibición de saber; es decir, es un factor de “atontamiento”, como si el discapacitado intelectual supiera que hay algo que no debe saber para no hacer sufrir. Esto lleva a pensar que debe haber sido uno de los recursos con los cuales fue obligado a someterse. (Quizá a esto podría llamárselo

sumisión por piedad o por horror al sufrimiento del objeto omnipotente). Es probable que esta característica se relacione con la anterior. Es notable cómo el atontado parece saber perfectamente qué es lo que hace sufrir a su madre y, en ese sentido, parece haber un secreto familiar acerca del cual está prohibido saber y hablar. Probablemente eso acerca de lo cual no se debe saber sea tan importante en la mitología de la familia que para desconocerlo se haga necesario no saber nada de nada, de modo que el discapacitado intelectual se atonta lo más posible a fin de que el secreto quede oculto. En la superficie, se diría que el llamado “deficiente mental” siente que “a mamá no le gusta que yo piense, si pienso la hago sufrir”, pero es probable que esta prohibición de saber, generalizada, provenga de la prohibición de saber acerca de algo circunscripto y secreto, aunque sumamente doloroso.

Después de esta lista de observaciones, que de ninguna manera pretende ser completa, quiero agregar una característica más, de orden muy diferente, y por eso no la incluyo en la enumeración anterior. A pesar de todo lo observado, cuando la esperanza parece totalmente perdida, puede rescatarse un indicio en apariencia pequeño pero fuertemente esperanzador: cuando al discapacitado intelectual se le ofrece la posibilidad de ser escuchado, respetado, valorado, cuando se le dan señales de que va a ser tenido en cuenta, cuando el contexto que se le brinda permite vislumbrar alguna salida para él, en la mirada del supuesto atontado aparece un brillo que desmiente “la muerte sin esperanza” en la que parecía estar sumido. Se observa una “viveza” latente, siempre dispuesta al intento de desplegarse, y que demuestra que ni estaba muerto ni es tonto. A semejanza de esas plantas raquílicas, casi secas, que apenas sobreviven pero que se demuestran capaces de reverdecer y

desplegarse en cuanto la tierra y el agua se renuevan en sus raíces, así el “retrasado”, el “atontado”, parece mantener en el fondo de sí una pequeña parte siempre al acecho esperando la ocasión que le permita desplegar sus mejores posibilidades.

#### **4. La espera silenciosa de José Luis**

Joselo, un muchacho de 24 años, comenzó a concurrir con su madre a las reuniones multifamiliares en los primeros meses del 2006. Proviene de una escuela especial, una especie de secundario, a la que concurren jóvenes con discapacidades intelectuales de muy diversos orígenes: síndrome de Down, retardos madurativos, lesiones neurológicas tóxicas, etcétera. (El diagnóstico de Joselo que enviaron del colegio decía que se trataba de un trastorno del desarrollo sin componente orgánico demostrable). Naturalmente, muchos de los que allí asisten, o casi todos, no saben leer ni escribir; en el mejor de los casos, algunos llegan a desarrollar un oficio que les permite realizar pasantías temporarias e incluso trabajar y obtener algún sustento.

Joselo y su madre son muy callados. Hablan solamente si se les pregunta y responden apenas con monosílabos. Joselo, sentado casi inmóvil a lo largo de las dos horas y media de reunión, sólo mueve los ojos y esboza alguna sonrisa cuando el clima emocional lo permite. Observa todo y hasta parece establecer algún diálogo secreto con algunos compañeros, pero si se le hace una pregunta mira a la madre y demora tanto en contestar las cuestiones más insignificantes que llega a resultar irritante para los coordinadores y, tal vez, para el grupo todo.

A lo largo de muchos meses de concurrencia fuimos sabiendo muy poco de él y su madre. La madre contó que ella

se quedó sin trabajo, que paulatinamente se deterioró la situación económica y tuvo que ir a vivir a la casa de un hijo de ella que es casado y tiene dos hijos. A pesar de sus escasas descripciones de la situación en la que viven, nos parece posible inferir que están en una condición de hacinamiento y suma incomodidad.

El equipo que coordina las reuniones multifamiliares ofreció una y otra vez tratamiento individual a Joselo y a su madre. El primer año, comenzó Joselo: concurrió a algunas sesiones, faltó a muchas y, finalmente, se decidió interrumpir el tratamiento. El segundo año, cuando el equipo reiteró la propuesta, ambos aceptaron gustosos, pero, faltaban una y otra vez dando diferentes excusas. De nuevo, su conducta excesivamente pasiva generaba cierta irritación. Frente a la invitación, Joselo mostraba su enorme deseo, pero, en los hechos, los encuentros individuales no llegaban a concretarse porque, aunque él quería, no podía venir, ya que Joselo no viaja solo.

Por último, después de varios intentos, un día comenzó el tratamiento individual de Joselo. Paralelamente una circunstancia poco frecuente permitió que gran parte de dos reuniones multifamiliares fueran destinadas a él y su madre y a Roberto, un hombre que pese a las numerosas limitaciones es casado, y tiene hijos y nietos. Todo esto fue posible porque en esas reuniones concurrieron muy pocos participantes y así, como coordinador, “no tuve más remedio” que ocuparme del silencioso Joselo.

Seguramente Joselo se debe de haber sorprendido mucho porque yo le hacía preguntas y creía más en lo que él decía que en las correcciones que hacía su madre cuando, según decía ella, la realidad no era como él había dicho. Pongamos dos ejemplos. Hablábamos de la abuela materna que había muerto hacía cuatro años, y Joselo dijo que era buena.

Cuando le pregunté por la otra abuela, dijo que la otra no vivía. La madre lo corrigió y dijo que sí vivía; yo intervine señalando que para él seguramente era como si no la tuviera, porque la otra era la única que le importaba. Un poco después, cuando le pregunté cuántas sesiones de psicoterapia había tenido, él contestó (con monosílabos, como siempre) que había tenido una. La madre lo corrigió diciendo que había tenido dos, y si bien hubiéramos podido “confirmar” con su terapeuta, allí presente, cuántas veces había concurrido, yo le dije a todos los presentes que si él dijo que había tenido una, sería porque solamente una de las sesiones había sido importante para él.<sup>28</sup>

En la segunda de esas reuniones a las que hago referencia, el grupo (sobre todo Roberto) comenzó a tratar de demostrar que Joselo podría viajar solo. Nos enteramos ahí de que en esos días la madre se había sorprendido porque Joselo, mientras esperaba en la estación, había sido capaz de ir a ver la planilla del horario de los trenes y encontrar con acierto en la correspondiente a los días sábados —una planilla de coordenadas y casilleros repletos de números nada fácil de interpretar—, la hora precisa en que pasaría el próximo tren. La madre, incrédula, había ido a comprobarlo y al verificar el acierto comenzó a mirar a Joselo con asombro.

Todo lo que relato quiere señalar un contexto, crear el clima necesario a fin de transmitirles la extraordinaria sorpresa que me produjo una reacción de Joselo con la cual demostró cuánta viveza, cuánta capacidad, cuánta comprensión, se ocultaban detrás de la extraordinaria inhibición que lo aton-

---

<sup>28</sup> En el ateneo posterior a la reunión multifamiliar, la terapeuta confirmó que efectivamente después de una primera sesión en la que había hablado mucho, en la segunda no había querido hablar de nada.

taba. Cuando al cierre de la reunión yo realizaba una síntesis final, comencé a aludir metafóricamente a las capacidades latentes de los tres participantes a los que ese día nos habíamos referido y dije algo así como: “Roberto es un tapado porque...” y agregué luego: “Joselo también es un tapado...”. Por el contexto se notaba que yo iba a argumentar a favor de que Joselo viajara solo, aun cuando todavía tenía temor de hacerlo. Era un día de invierno; Joselo ya se había levantado y se había puesto su abrigo, y cuando nadie esperaba que él abriera la boca, me interrumpió y, lleno de picardía, agregó: “¿Lo decís por el buzo?”.

Su chiste produjo una explosión de sorpresa y júbilo en todos los presentes. No era sólo un chiste, estaba lleno de implicancias oportunas: si lo que a él “lo tapaba” era un buzo, entonces yo no me estoy refiriendo a sus potencialidades latentes, o sea, no le estaba diciendo que, más allá de sus miedos, él era capaz de viajar solo... Y si yo no decía nada, él podía seguir protegido por la compañía de su madre, sin enfrentar temores, etcétera, etcétera.

Tuve la impresión de que había asistido a un milagro. Parecía que había resucitado un muerto: alguien que no podía hablar, que no podía pensar, que no podía saber, alguien de quien no se esperaba jamás que fuera capaz de hacer un chiste así, estaba otra vez vivo, allí, ante la sorpresa extraordinaria de todos los presentes. Sin embargo, más allá de la sorpresa, ahora estamos convencidos de que no hubo ningún milagro. Joselo siempre estuvo allí, agazapado detrás del brillo de sus ojos, a la espera de que desarrollar su capacidad fuera algo querido, esperable, deseado por los demás y no peligroso para la persona a quien él le dedicaba la vida.

Para los que estuvimos allí, fue sorprendente. Para los que

lo leen, puede resultar o bien poco creíble, o bien un caso excepcional, y de algún modo tal vez lo sea. Pero los que estamos realizando esta tarea estamos convencidos –y lo observamos una y otra vez– de que *más allá de los límites de cada uno, en los que padecen de discapacidad intelectual suele haber un grado importante de atontamiento, y cuando el contexto de interlocución en el que viven se modifica, cuando encuentran la posibilidad de desplegar sus potencialidades, aparecen capacidades latentes que desmienten muchas de esas limitaciones que parecían insuperables.*